

"Cien años de soledad"

Una gran novela colombiana

Carmelo Vilda de Juan, S. J.

Colombia, capital Macondo

Macondo es un pueblo americano. Desde ahora tan sugestivo como Itaca o el Toboso. Un pueblo telúrico afincado en raíces de leyenda. Nació en la mañana de una noche aventurera, fruto de la voluntad alucinada de su fundador, José Arcadio Buendía. Esto no debe extrañarnos porque todo puede suceder en esta "Tierra de Gracia".

Hoy, en el cosmos cultural latinoamericano, es tan célebre como Bogotá, Cali o Medellín. No tiene carreteras ni aeropuerto. Ni siquiera un puntito negro en el atlas colombiano, cerquita de Riohacha, o en las montañas que mueren en la cuenca del río Magdalena. Pero no importa que no exista ni haya existido nunca. García Márquez lo fundó*. Y esto nos basta, porque en Macondo suceden "cosas tan estupendas como no registran los anales de París ni de Constantinopla".

Una pobre, desolada y mitológica aldea colombiana que comenzó de la nada:

Veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos... Muchas casas carecían de nombre y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo (pág. 9).

Pero el trabajo es fertilidad. Con ella Macondo crece:

En pocos años Macondo fue una aldea más ordenada y laboriosa que cualquiera de las conocidas hasta entonces por sus 300 habitantes. Era en verdad una aldea feliz, donde nadie era mayor de treinta años y donde nadie había muerto (pág. 16).

José Arcadio Buendía, Eneas americano petrificado entre el mito y la historia, se aboca a la empresa de hacer de su pueblo una aldea feliz:

Fue también José Arcadio quien decidió por esos años que en las calles del pueblo se sembraran almendros en vez de acacias, y quien descubrió, sin revelarlos nunca, los métodos para hacerlos eternos (pág. 40).

Así surgió el Macondo luminoso, feliz, perfumado de orégano y alegría. El gitano Melquíades había dicho: "Las cosas tienen vida propia; todo es cuestión de despertarles el ánimo" (pág. 9). Y los Buendía,

lanza en ristre, despertaron la de Macondo con su avasalladora presencia, sus grotescas campanadas y estrambóticas peripecias. Con ellos Macondo crece a empujones, a cachetadas. Como la maleza en el trópico lujuriente.

Macondo naufragaba en una prosperidad de milagro. Las casas de cañabrava de los fundadores habían sido reemplazadas por construcciones de ladrillo, con persianas de madera y pisos de cemento, que hacían más llevadero el calor sofocante de las dos de la tarde (pág. 168).

Un día se instala el telégrafo; después llega el tren y el cine. Finalmente, el gramófono. Nadie sabe cómo ni de dónde. Da lo mismo; lo importante es que llega para regocijo de los macondianos.

El desarrollo no se detiene. Un día llegan los "gringos", los norteamericanos imperialistas. No podían faltar ellos, signo de contradicción y mal agüero en el destino de Macondo:

Los suspicaces habitantes de Macondo apenas empezaban a preguntarse qué cuernos era lo que estaba pasando, cuando ya el pueblo se había transformado en un campamento de casas de madera con techos de zinc, poblado de forasteros que llegaban de medio mundo en el tren... Los gringos, que después llevaron a sus mujeres con trajes de muselina y grandes sombreros de gasa, hicieron un pueblo aparte al otro lado de la línea del tren, con calles bordeadas de palmeras, casas con ventanas de redes metálicas... (pág. 196).

Desde entonces Macondo se viste de fiesta. Y los Buendía, de mogigotes a lo bestia. Son los días de "vino y rosas"; tolváneras de sorpresas, mechurrios de desenlaces sutiles e inesperados. Cada página de **Cien años de soledad** será en adelante una nueva fotografía de Macondo desde insólitas perspectivas entre detalles y escorzos estrangulados. Nos fascina este pueblo sin autoridades; este pueblo que vive la vida a panzadas, con la boca llena. Y sabe reír. Hasta el pecado parece virtud. Todo se debe al embrujo que nos brinda cada pepita de tiempo. Por algo el aire de Macondo huele a orégano.

Pero la suerte es traicionera. A veces clava el agujón en el apoteosis de la risotada. Un día le tocó el turno a Macondo. Tenía que ser así porque los pueblos que nacen del absurdo, de la fábula, mueren también sin sentido, olvidados en las cunetas de la vida. Cuando los "gringos" cortaron el último racimo de la zafra, se mar-

charon sin dar explicaciones. Era la venganza capitalista contra un pueblo que no les había querido. Unos meses después el pueblo quedó exangüe:

Macondo estaba en ruinas. En los pantanos de las calles quedaban muebles despedazados, esqueletos de animales... Las casas, paradas con tanta urgencia durante la fiebre del banano; habían sido abandonadas. La compañía bananera desmanteló sus instalaciones. De la antigua ciudad alabrada sólo quedaban los escombros (pág. 280).

Cuando el último vástago Buendía regresó a la aldea, después de largos años de ausencia en Europa, quedó asombrado:

Recorrió las calles polvorientas y solitarias... el interior de las casas en ruinas, las redes metálicas de las ventanas rotas por el óxido y los pájaros moribundos, y los habitantes abatidos por los recuerdos. Trató de reconstruir con la imaginación el arrasado esplendor de la antigua ciudad de la compañía bananera, cuya piscina seca estaba llena hasta los bordes de podridos zapatos de hombre... (pág. 324).

La fábula es impostora. Cuando menos se espera, se corta la coleta y nos desplanta. Tan fácil le es crear como destruir, sean pueblos o héroes. Pero Macondo no podía morir. Estratificado bajo los **Cien años de su soledad**, siempre mantuvo el rescoldo caliente de un fermento de vida susurrante, luminaria mágica del destino, hasta que la pluma de García Márquez la desempolvó después de leer los manuscritos del gitano Melquíades. Macondo, en pago, escribió su nombre en los anales de la Fama.

Cien años de soledad es una fábula. A ratos nos hace pensar y siempre reír. Buena falta tenía nuestra literatura de este aspecto. Precisamente en esta capacidad imaginativa y lunática del autor estriba el arte y éxito de la novela. Una historia artificiosa, un rosetón surrealista pletórico de símbolos y fantasías voluntariamente absurdas y que el autor nos hace creer verosímiles. La novela hubiera podido comenzar: "Erase una vez un pueblo que se llamaba Macondo..."

Un pueblo colombiano, imaginario, polvo, sexo y locuras, donde cinco generaciones de Buendías descoyuntan a zarpazos los días, los hechos, la vida. No hay un hilo argumental, a no ser la sarta de risotadas, extravagancias y chifladuras de los protagonistas. Los azares y cataclismos de su hogar, colmena de abejas hormigueras, unas, y zánganos pantagruélicos, otros. Y nada más. Lo que pasa no tiene el "sino" de lo trascendental. Pero interesa por la fantasía policroma, la psicología mastodóntica de los personajes, el surrealismo de los avatares, el ángulo desorbitado desde el cual se enfoca la vida. Es muy simple ver nacer, vivir y morir a cinco generaciones. Pero es muy interesante recorrer su Via-Crucis, sobre todo si el "guía" es

* Gabriel García Márquez: **Cien años de soledad**. 1ª edición, mayo de 1967; 7ª edición, junio de 1968. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 351 páginas.

un artista que sabe fabular con sarcasmo y risas esta vida que hoy nos parece tan problemática y seria.

El tema es audazmente nuevo en la narrativa americana. Es un valor. Pero esto sólo no explica el éxito de la novela. Hay que peregrinar a Macondo, no como turistas, sino como devotos. Nos espera allí una catarata de andanzas estupendas. Después comprenderemos por qué **Cien años de soledad** se sale de los escaparates de las librerías. Es el mejor poema épico de América.

Arcadios y Aurelianos: fundadores de un imperio

Leer **Cien años de soledad** es como asistir al bautismo y funeral de una estirpe imperial. Lo malo es que no se trata de emperadores. Pero Macondo vale más que un Imperio. Y basta. Es una estirpe que nace para morir. Es su destino. No importa cómo se llamen. No importa que el tronco Buendía se repita a sí mismos en la sangre y en el temperamento a través de cinco generaciones. Unos existen para que la presencia de los otros sea más verosímil, para que la fábula se haga historia, para que las risas salgan de bocas de carne.

Los Buendía son una descendencia apabullante, dinosaurio trepidante, prolífico árbol genealógico por el amontonamiento de parientes y excursiones sexuales. Es un séquito de Buendías con sólo dos variaciones para llamar a la bíblica prole, colmada de hijos, nietos, biznietos y tataranietos: Arcadios y Aurelianos.

Los Arcadios nacen macizos y voluntariosos, impulsivos, emprendedores; pero están enmarcados por un signo trágico. Lo mismo el padre que el hijo, el bisabuelo o el biznieto:

No tienes de qué quejarte, le decía Ursula a su marido, los hijos heredan las locuras de sus padres.

Son estrambóticos y aventureros; José Arcadio, un día, se marchó de casa para dejar por esos mundos el tatuaje de los Buendía. Cuando regresó al hogar, después de varios años, se le preguntó dónde había estado:

...él contestó: por ahí. Colgó la hamaca en el cuarto que le asignaron y durmió tres días. Cuando despertó, y después de tomarse dieciséis huevos crudos, salió directamente hacia la tienda (prostíbulo) de Cartarino, donde provocó un pánico de curiosidad entre las mujeres... A las que lo asediaron con su codicia preguntó quién pagaba más (pág. 84).

Hizo apuestas de pulso con cinco hombres a la vez. Se rifó entre diez mujeres a veinte pesos el número de la rifa. Ninguna mujer ganaba tanto en el oficio. José Arcadio había dado sesenta y cinco veces la vuelta al mundo enrolado en una tripulación de marineros apátridas, naufragó en Japón y se alimentó con la carne de un compañero. Venció a un dragón en Bengala.

A la vez, los Arcadios eran soñadores, pero con los ojos abiertos:

Cuando estaba solo, José Arcadio se consolaba con el sueño de los cuartos infinitos. Soñaba que se levantaba de la cama, abría la puerta y pasaba a otro cuarto igual... De ese cuarto pasaba a otro igual, cuya puerta abría para pasar a otro exactamente igual, y luego a otro exactamente igual, hasta el infinito (pág. 124).

Después de este sueño murió. Sin más ni más. Porque todo en Macondo es maravilloso, desconcertante. Como la América ante los ojos de los Conquistadores. Tan-

tas flores cayeron del cielo, que tuvieron que barrerlas con palas y rastrillos para que pudiera pasar el entierro.

Los Aurelianos nacen con los ojos abiertos, anclados en el infinito. Son retraídos, herméticos, hostiles. Mentalidad lúcida, clarividencia en la soledad. Desprecian al mundo. El coronel Aureliano Buendía personifica esta dinastía, salida de las páginas de la Odisea:

Aureliano, el primer ser humano que nació en Macondo... era silencioso y retraído. Había llorado en el vientre de su madre y nació con los ojos abiertos. Mientras le cortaban el ombligo movía la cabeza de un lado para otro, reconociendo las cosas del cuarto, y examinaba el rostro de la gente con una curiosidad sin asombro (pág. 20).

Pero en Macondo ocurrían cosas curiosas, como en los Cuentos de las Mil y Una Noches. Por eso se justifica que un día a nuestro atollado Aureliano le dé por proclamarse Coronel de las tropas liberales. Y se hizo revolucionario.

Lo que sucedió después fue una cabalgata de hazañas que restallaban entre un aluvión de zancadillas y triquitraques. El Coronel Aureliano Buendía se empingorotó hasta la cúspide de la admiración y devoción popular. Porque era distinto a la monotonía; en definitiva, porque estaba escrito en los anales de Macondo. Pronunciar su nombre en la comarca de Riohacha y su Departamento era como amenazar a los flamencos del siglo XVI: ¡Que viene el Duque de Alba!...

El Coronel Aureliano Buendía promovió treinta y dos revoluciones armadas y las perdió todas. Tuvo diecisiete hijos varones de diecisiete mujeres distintas, que fueron exterminados uno tras otro en una sola noche, antes de que el mayor cumpliera treinta y cinco años. Escapó a catorce atentados, a sesenta y tres emboscadas y a un pelotón de fusilamiento. Sobrevivió a una carga de estricnina en el café que habría bastado para matar un caballo. Rechazó la Orden de Mérito que le otorgó el Presidente de la República... (pg. 94).

Su caída es tan absurda como su exaltación:

Tanto j... uno, murmuraba el Coronel Aureliano Buendía, tanto j... para que lo maten a uno seis maricas sin poder hacer nada. Lo repetía con rabia que casi parecía fervor (p. 115).

Salvó su vida de milagro, sencillamente porque su papel era una hoja más de la gran fábula macondiana. Después se arruinó en el consuelo de la soledad, en la actitud negativa de no querer ver cómo fluye la vida, en no querer hacer nada, en dar la espalda a los acontecimientos.

Nació consciente y murió también consciente, con los ojos abiertos, sin tinturas de angustia en el rostro, sin la sal de la amargura en sus labios.

Metió la cabeza entre los hombros, como un pollito, y se quedó inmóvil con la frente apoyada en el tronco del castaño. La familia no se enteró hasta el día siguiente, a las once de la mañana, cuando Santa Sofía de la Piedad fue a tirar la basura en el traspatio y le llamó la atención que estuvieran bajando los gallinazos (pág. 229).

En el fondo, todos los Buendía son entrañablemente iguales; como las pepitas de un rosario: "Así son todos, comentó Ursula. Locos de nacimiento." El primer nieto es idéntico al primer hijo. Y el biznieto hereda también las locuras del bisabuelo.

Cuando nace uno de los últimos tataranietos, la abuela quiere criarle para formar un hombre virtuoso que restaurase el

prestigio de la familia. Quería que fuera "cura". Le enviaron al Seminario; zarpó luego a Roma para completar sus estudios. En vano. No acaba. Vive allí en una buhardilla, adopta una vida bohemia y cuando regresa a Macondo sus convecinos no reciben a un clérigo, sino a un bribón homosexual. Otro Buendía que no puede arrancarse el "sino" trágico. Parece que una maldición, una condena, se encarna en cada despunte de la estirpe:

No había ningún misterio en el corazón de un Buendía que fuera impenetrable para ella, porque un siglo de naipes y de experiencias le había enseñado que la historia de la familia era un engranaje de repeticiones irreparables, una rueda giratoria que hubiera seguido dando vueltas hasta la eternidad, de no haber sido por el desgaste progresivo e irremediable del eje (pág. 334).

Un rosario de mujeres bíblicas

Saludar a Ursula es como oír las palpitations de Macondo. La esposa del primer Buendía guardaba en sus pupilas toda la azarosa epopeya de su pueblo. Macondo había nacido de sus manos. Y vivió mientras la sangre fue ritmo en sus venas. Una mujer de pueblo, un haz de nervios tensos, dinamismo febril de mujer de hogar.

Activa, menuda, severa, aquella mujer de nervios inquebrantables, a quien en ningún momento de su vida se la oyó cantar, parecía estar en todas las partes desde el amanecer hasta muy entrada la noche (página 15).

No le intimidaron las armas, ni la sangre, ni las bravuconadas de los revolucionarios. Heroína popular afincada en el pedestal de su honradez. Su vida fue larga. Poco a poco se retorció como olivo milenario, pero en su espíritu siempre hubo una lámpara de luz prendida. Todos los hijos, nietos, biznietos y tataranietos pasaron por sus manos y su corazón. Pero tan largo desfile dejó surcos en su rostro y en su espíritu.

Ursula se preguntaba si no era preferible acostarse de una vez en la sepultura y que le echaran tierra encima, y le preguntaba a Dios, sin miedo, si de verdad creía que la gente estaba hecha de hierro para soportar tantas penas y mortificaciones; y preguntando, preguntando, iba atizando su propia ofuscación, y sentía unos irreprimibles deseos de soltarse a despotricar como un forastero, y de permitirse por fin un instante de rebeldía, un instante tantas veces anhelado y tantas veces aplazado de meterse la resignación por el fundamento, y cagarse en todo, y sacarse del corazón los infinitos montones de malas palabras que había tenido que atragantarse en todo un siglo de conformidad (pág. 216).

Y aquella mujer, que se había repartido siempre entre todos, que había sufrido en silencio, verdadera matriarca bíblica, tuvo que sorber en la vejez las granujadas de los biznietos que se divertían pintándola la cara.

Día a día se hacía momia ciruela pasa una anciana recién nacida, perdida dentro de un camisón. Cierta tarde los nietos la escondieron en un armario del granero, "donde hubieran podido comérsela las ratas". Amaneció muerta el Jueves Santo. Le calculaban entre los ciento quince y los ciento veintidós años.

Hay otros personajes femeninos que enhebran su vida en el ovillo de Ursula. Son las esposas, primas, amantes y hermanas bastardas de todos los Arcadios y Aurelianos. Cada una brinda el interés de la sorpresa y del humor. Un pintoresco y sarcástico cuadro de Goya.

A Rebeca sólo le gustaba comer la tierra húmeda del patio y las tortas de cal que arrancaba de las paredes con las uñas (página 43).

Amaranta, la mujer sin gracia, estirada, víctima eterna de un amor insatisfecho. Y Remedios, la bella, "callada respiración de las rosas, clepsidra secreta de las polillas, vapor de pan al amanecer". Se fue asunta al cielo en cuerpo y alma. Era demasiado grácil y fina para convivir con los Aurelianos. Y Pilar Ternera, siempre descalza, desgrefiada, un manglar de carnaza humana, fecundo santuario de fertilidad. Lagar común donde trituraban sus pasiones hermanos y sobrinos juntos, víctimas insatisfechas de sus mujeres. Así era también Petra Cotes. Tenía carne para todos.

Fernanda del Carpio entra en la novela con la gravedad de una "madonna" de Botticelli. Una mujer perdida para el mundo:

Había nacido y crecido a mil kilómetros del mar, en una ciudad lúgubre por cuyas callejuelas de piedra traqueteaban todavía, en noches de espanto, las carrozas de los virreyes. Treinta y dos campanarios tocaban a muerto a las seis de la tarde. En la casa señorial, embaldosada de losas sepulcrales, jamás conoció el sol. El aire había muerto en los cipreses del patio, en las pálidas colgaduras de los dormitorios. Fernanda no tuvo hasta la pubertad otra noticia del mundo que los melancólicos ejercicios de piano ejecutados en alguna casa vecina por alguien que durante años y años se permitió el albedrío de no hacer la siesta (pág. 178).

Fernanda es insípida, fría, aristocrática, fanática religiosa, símbolo de una clase social decadente. No es extraño que esta mujer no llenase el orinal apasionado de un Aureliano Buendía. Su amor era sepulcral, litúrgico, y su belleza se había escarchado hasta llegar a una esponjosa inapetencia pasional. Infeliz, neurótica y extravagante, restrega sus últimos años escribiendo cartas a los "espíritus invisibles".

Meme, otro renuevo Buendía, es un escorzo de Fellini. No parecía hija de Fernanda. Se fue a Bélgica con vocación de monja y corazón de vampiresa:

Su felicidad estaba en el otro extremo de la disciplina, en las fiestas ruidosas, en los comadros de enamorados, en los prolongados encierros con sus amigas, donde aprendían a fumar y conversaban de asuntos de hombres, y donde una vez se les pasó la mano con tres botellas de ron de caña y terminaron desnudas, midiéndose y comparando las partes de sus cuerpos (pág. 231).

Un cangilón más en la noria de los Buendía. En todos los personajes de **Cien años de soledad** gravita el destino trágico e inverosímil de Macondo, como una obsesión que se renueva en sí misma en cada nuevo coletazo de la estirpe. Una familia patriarcal que sufre y goza de todas las posibilidades y experiencias humanas. Pero está predestinada a la soledad y a su autodestrucción. Las mujeres sólo engendran monstruos. Es su penitencia. Y a los hombres les da igual que sean iguanas o cerdos, con tal que sus mujeres se acuesten con ellos en la cama o en los pajares.

¿Amor o sexo?

Nunca las fundaciones de pueblos y ciudades se han hecho al solo impulso del amor. Tampoco Macondo. La aldea de los Buendía surgió de una voluntad aventurera. Hubo coraje y violencia; pero faltó amor. En la novela, la única posibilidad de unión es el sexo. Se casan exclusivamente porque la carne reclama su alimento con

alaridos de sangre. No se habla de esposas ni maridos. Hombre y mujer; macho y hembra. Y basta. Lenguaje rupestre. Tenía que ser así para que Macondo no perdiera su bárbaro encanto.

Los textos son elocuentes. Sobran los comentarios:

En una ocasión en que José Arcadio explicaba con muchos pormenores el mecanismo del amor, lo interrumpió Aureliano para preguntarle: ¿Qué se siente? José Arcadio le dio una respuesta inmediata: Es como un temblor de tierra (pág. 33).

El amor se reduce a pasión, a estímulos, a efectos inmediatos medibles solamente en la carne. Ni siquiera los lazos familiares son una zancadilla que impiden llegar a la comunicación sexual. También las tías o primas tienen mecanismos sexuales. Y no hay ley física que lo prohíba.

Los hombres de Macondo son incapaces de amar espiritualmente, de unirse afectivamente si no es por el sexo.

Ursula se dio cuenta de esta lacra familiar y se avergonzó de ello. Desde la meseta de su ancianidad fue enhebrando los hilos de sus descendientes y se horrorizó. Los Buendías eran bárbaras máquinas proflícas, pero nunca esposos ni padres:

Aureliano Buendía no le había perdido el cariño a la familia a causa del endurecimiento de la guerra..., sino que nunca había querido a nadie, ni siquiera a su esposa Remedios..., y mucho menos a sus hijos (pág. 214).

Hay dos jóvenes extranjeros que descorren las cortinas de sus corazones a dos Buendías. Pietro Crespi, "joven y rubio, el hombre más hermoso y mejor educado que se había visto en Macondo". Pero no pasaba de ser un "currutaco de alfeñique" junto a los protomachos Buendías, cuya respiración volcánica se percibía en toda la casa. El pobre Pietro Crespi fue víctima de los Buendía. Locamente enamorado de Amaranta, sucumbió en el fuego. Se quemó en él:

...encontró a Pietro Crespi en el escritorio de la trastienda, con las muñecas cortadas a navaja y las dos manos metidas en una palangana de benjuí (pág. 99).

El segundo jovencito era belga. Se llamaba Gastón. No se suicidó, pero ante los adulterios y burlas de la esposa (otra Buendía), abandonó Macondo y regresó a Bélgica burlado.

Cuando la novela dobla el último recodo, nos cuenta un incidente; primero provoca risa; después, pavor. Es el nacimiento del último vástago Buendía. El último hijo del último tataranieta Buendía:

Amaranta Ursula vio que era un Buendía de los grandes, macizo y voluntarioso como los José Arcadios, con los ojos abierros y clarividentes de los Aurelianos, y pre-dispuesto para empezar la estirpe otra vez por el principio y purificarla de sus vicios perniciosos y su vocación solitaria, porque era el único en un siglo que había sido engendrado con amor... Sólo cuando lo voltearon boca abajo se dieron cuenta de que tenía algo más que el resto de los hombres y se inclinaron para examinarlo. Era una cola de cerdo (pág. 347).

A pesar de este panorama moralmente descabellado, **Cien años de soledad** no es una novela pornográfica ni inmoral. Describe escenas soeces, a ratos morbosas. Tropezamos continuamente con posturas de abigarrados contubernios y promiscuidades. Palabras vulgares que al restallar nos hacen mover los ojos picaronamente. Pero García Márquez no es sucio, ni se relame, ni mucho menos es moroso. Pasa por todo esto y nos lo pinta a "vuela pluma"

con brochazos relumbrantes, rápidos, llenos de ironía y humor. Su intención es meramente socarrona y su estilo, en estas ocasiones, artísticamente despampanante.

Sencillamente, los días de fundación y de conquista, de sol y sudor, no están hechos para amar. Y de esto no tiene la culpa García Márquez.

Archipiélago de soledades

En la atrofia del amor hay siempre un parásito de soledad. Los Buendía nunca fueron puentes, sino islotes, coágulos insolubles. Por eso Macondo creció sin savia genital, sin arraigo. Se hinchó como pompa de jabón y se transparentó en un espejismo fugaz. Quedó sin amarras, sin anclas. Macondo, "la ciudad de los espejos (o de los espejismos), sería arrasada por el viento y desterrada de la memoria de los hombres" (pág. 351). Y señala la causa: "Las estirpes condenadas a cien años de soledad (a cien años sin amor) no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra" (pág. 351).

La soledad de Macondo es un haz de soledades juntas, de Buendías incapaces de amar, de corazones abrasados y esterilizados en la hoguera del parto. Soledad de Ursula, de los Aurelianos, de Rebeca, de Arcadio, de Macondo, de Colombia, de Latinoamérica. Todos vivían con alguien, pero no en alguien.

Y las oportunidades de amar no se repiten dos veces sobre la tierra. Porque el tiempo cada día dobla su cerviz de cielo y deja caer su argolla en el desierto del olvido. Como la ola que viene de alta mar a morir a la playa. Y restrega sus soledades saladas en la telaraña del tiempo:

Amaranta Ursula cosía la ropita del niño, y en aquel relámpago de lucidez tuvo conciencia de que era incapaz de resistir sobre su alma el peso abrumador de tanto pasado. Herido por las lanzas mortales de las nostalgias propias y ajenas, admiró la impavidez de la telaraña en los rosales muertos, la perseverancia de la cizaña... (pág. 349).

Los Buendía zarpaban del vientre a la vida con vocación de soledad. Porque eran concebidos sin amor. Cuando nació el último vástago, Amaranta Ursula "vio que era un Buendía de los grandes... predispuesto para empezar la estirpe otra vez por el principio y purificarla de sus vicios perniciosos y su vocación solitaria" (página 346). Pero Rodrigo muere comido por las hormigas al poco tiempo. Tampoco él pudo calentar las "soledades juntas". Los árboles genealógicos sin savia no merecen ser plantados por segunda vez en la misma tierra.

Cien años de soledad, de fatiga asmática, de dolor entrañable. Cien años de tiempo estéril, de peripecias y andanadas sin sentido. Cien años de fábula, de existencia inconsistente. Una familia, una casa, un pueblo, una nación, un continente que no ha encontrado su punto de cristalización. Todo nace, crece y muere. Destino de los hombres y de las cosas.

Soledad de un tiempo que se desangra en raudales de sol caliente, de lluvia corrosiva, de viento nostálgico. Y los seres, los animales, los hombres, no obtienen perdón. Estaba escrito en el libro de las predicciones, en los pergaminos de Melquiades. Los cien años de vida de Macondo se hacen fatiga hambrienta, angustia delirante en la boca de las hormigas y alacranes que atacan a los Buendía. Pesadilla, zarzapato del recuerdo, saber que ahora somos, pero después no seremos.

Antes de Macondo existía la soledad; hubo un hombre llamado Buendía. Vino

para dar luz a una aldea. Pero no le dio amor. En el nacimiento de Macondo ya estaba disecada su piel y profetizada su agonía en soledad. Las horas, los días, en su rítmica carrera, no pudieron torcer el destino. Porque los manuscritos que guardaban el secreto del porvenir no podían leerse hasta después de purgar el pecado. Melquíades no conocía, pero se negó a traducirlo:

Desde entonces, durante varios años, se vieron todas las tardes. Melquíades le hablaba del mundo, trataba de infundirle su vieja sabiduría, pero se negó a traducir los manuscritos. Nadie debe conocer su sentido mientras no haya cumplido cien años (página 161).

Las fábulas, como los sueños, como los espejismos, nos traicionan en la curva final. Y en el corazón se arremansa una soledad nacida de la decepción. También le salpicó a Alfonso, el librero y sabio catalán que tuvo que regresar a Barcelona porque Macondo se acababa, se moría de tristeza:

Aturdido por dos nostalgias enfrentadas como dos espejos, perdió su maravilloso sentido de la irrealidad, hasta que terminó por recomendarles a todos que se fueran de Macondo, que olvidaran cuanto él les había enseñado del mundo y del corazón humano..., que en cualquier lugar en que estuvieran recordaran siempre que el pasado era mentira, que la memoria no tenía caminos de regreso y que el amor más desatinado y tenaz era de todos modos una verdad efímera (pág. 339).

Un aliento triste humedece las últimas páginas de la novela, savia babeante de un árbol caído. Raudales de locuras, desfiles de fantoches fantasmagóricos. Máscaras sonámbulas, carcajadas, naipes, espíritus invisibles, orgasmos, frenesí, mariposas y alacranes. Un desfile de vida turbia; sátiros y cancerberos, galeotes y piratas. Y dirigiendo esta procesión lunática, los Aurelianos y Arcadios. Todos los Buendía quemados en el tiempo de su existencia imbécil. Vidas que incubaron su muerte en los alvéolos de su parto. Porque no supieron amar.

Cien años de carcajadas

Cien años de soledad no se queda ahí llorando la elegía de su esterilidad. Las fábulas son ambivalentes. Tienen derecho al truco y al resorte sorpresivo. A ratos se acerca temerariamente a la frontera de la grosería y del burdel, pero en seguida, antes del revuelco y del mal gusto, salta la carcajada caliente del chiste o el chasco de lo inverosímil. Cuando pensamos que hace política, que va a caer en el panfleto estúpido, un cambio oportuno en el estilo, un tono nuevo nos recuerda que García Márquez está de chanza. Es como si jugara a la ruleta rusa o a hacer "feria mundial de variedades". En *Cien años de soledad* hay tragicismo, plebeyez, crueldad, escepticismo, politiquería, vulgaridad, ternura, regionalismo, universalidad, extravagancia, realidad. Y haciendo mueca de todo, humor.

Humor negro, difícil. A lo inglés:

—¿Cómo está, Coronel?, le dijo al pasar.

—Aquí, contestó él. Esperando que pase mi entierro (pág. 174).

—Está muy triste... porque cree que te vas a morir.

—Dígale, sonrió el Coronel, que uno no se muere cuando debe, sino cuando puede (pág. 209).

Humor latino, risa que salta estrepitosamente porque detrás colea la picardía:

Fernanda llevaba un precioso calendario con llavecitas doradas en que su director espiritual había marcado con tinta morada las fechas de abstinencia venérea. Descontando la Semana Santa, los domingos, las fiestas de guardar, los primeros viernes, los retiros, los sacrificios y los impedimentos cíclicos, su anuario útil quedaba reducido a cuarenta y dos días desperdigados en una maraña de cruces moradas (pág. 181).

Humor que brota del disparate, de la situación inusitada, del ridículo formidable:

Un día Meme apareció en la casa con cuatro monjas y sesenta y ocho compañeras de clase, a quienes invitó a pasar una semana en familia, por propia iniciativa y sin ningún anuncio... Fue preciso pedir camas y hamacas a los vecinos, establecer nueve turnos en la mesa, fijar horarios para el baño, conseguir cuarenta taburetes prestados para que las niñas de uniformes azules y botines de hombre no anduvieran todo el día revoloteando. La invitación fue un fracaso porque las ruidosas colegialas apenas acababan de desayunar cuando ya tenían que empezar los turnos para el almuerzo y luego para la cena... las estudiantes se embrollaron de tal modo tratando de ir al excusado antes de acostarse, que a la una de la madrugada todavía estaban entrando las últimas. Fernanda entonces compró setenta y dos bacínillas... (pág. 223).

Otras veces son los personajes los que nos hacen reír por sus modales o actitudes pueblerinas:

Se indignaron con las imágenes vivas (del cine)... porque un personaje muerto y sepultado en una película, y por cuya desgracia se derramaron lágrimas de aflicción, reapareció vivo y convertido en árabe en la película siguiente. El público, que pagaba dos centavos para compartir las vicisitudes de los personajes, no pudo soportar aquella burla inaudita y rompió la silletería (página 194).

Incluso en la muerte hay también un instante para la carcajada o la mofa:

Pilar Ternera murió en el mecedor de bejuco, una noche de fiesta, vigilando la entrada de su paraíso. De acuerdo con su última voluntad, la enterraron sin ataúd, sentada en el mecedor, que ocho hombres bajaron con cabuyas en un hueco enorme, excavado en el centro de la pista de balle (pág. 336).

La política tampoco se salva. Y aquí sí que Goyito clava a gusto sus colmillos. Porque la política colombiana y latinoamericana ha sido vertical y horizontalmente ridícula. Llámese "conservadora" o "liberal".

Los liberales, le decía, eran masones; gente de mala índole, partidaria de ahorcar a los curas, de implantar el matrimonio civil y el divorcio, de reconocer iguales derechos a los hijos naturales que a los legítimos... Los conservadores, en cambio, que habían recibido el poder directamente de Dios, propugnaban por la estabilidad del orden público y la moral familiar; eran los defensores de la fe de Cristo... (pág. 88).

—Dime una cosa, compadre: ¿por qué estás peleando?

—Por qué ha de ser, compadre, contestó... por el gran partido liberal... o por algo que no significa nada para nadie (página 121).

En definitiva, las ideologías no importan; son simplemente unas excusas para llenarse el bolsillo o encaramarse a los cargos y sueldos burocráticos.

Toda la novela es en el fondo una "burla"; de hecho, en cada episodio calbaga una risotada, una ironía, un retortijón. Y

es porque *Cien años de soledad* es una transparencia del carácter de García Márquez. Goyo ataca riendo, critica ridiculizando. Sabe que así consigue mejor su objetivo y no se crea enemigos. Todas las manifestaciones del humor se codean en la obra: pitorreos, chungas, mofas, chacotas, bufonías, chifladuras, cachondeos, hipérbolos, chocarronerías.

Humor que radicalmente no es más que el desaire de un dolor que le duele en las entrañas y se le sube al corazón y a la fantasía. Y la consecuencia es una literatura de lo estrambótico, de la realidad desorbitada, trastabillada. Es la única forma de no morir de angustia y desesperación y no traicionar el imperativo revolucionario de la pluma. Mientras las plumas no puedan protestar y gritar, los verdaderos escritores compensarán su "ira" contenida describiendo barquitos de papel, mariposas roedoras, hormigas como ángeles, burdeles imaginarios en los boquetes de la luna, hombres mastodónticos que viven a cachetadas. Ya sabemos por qué lo hacen:

No se le había ocurrido pensar hasta entonces que la literatura fuera el mejor juguete que se había inventado para burlarse de la gente... (pág. 327).

"Burla, burlando", los escritores se ríen de los dictadores, de los seudocríticos que no quieren entenderlos o no tienen tragedias para gustar lo deforme, lo caótico, la claridad de lo turbio. Es la única oportunidad que tiene el escritor de asustar a los bien instalados en la vida, tal como se les presenta a ellos, pero no como debería ser. A éstos, nuestro Goyito les dedica sus carcajadas. Y también la cicutita de la ironía, porque en las junturas de la risa nos dice muchas cosas estremecedoras. Lástima que sólo las puedan captar los artistas, los verdaderos críticos y escritores.

Un aluvión de fantasía

En *Cien años de soledad* no hay lógica. La realidad tropieza a cada paso con escalones de fantasía y aureolas de arco iris. Macondo se transfigura y a ratos creemos que García Márquez sueña. Y es un sueño creador. Transformar la vida es un mérito; crearla, un milagro. América aflora en las páginas de esta novela como quizá la vieron las ingenuas pupilas de los primeros conquistadores.

Colón creyó haber descubierto las Indias Orientales cuando desembarcó en la isla de San Salvador. Sus tripulantes vieron en las crestas de las olas "sirenas con forma de hombre en la cara". "Había ríos de leche y otros de miel y fuentes de eterna juventud." La sed de oro tejó el fantástico mito del Dorado: lagunas de oro, caciques cargados de brazaletes... No es extraño que Colón, después de tocar tierra firme, concluyese: "Muy asentado tengo en el ánimo que allí donde dije es el paraíso terrenal, y descanso sobre razones y autoridades sobrescriptas." Era la Tierra de Gracia.

García Márquez, con ojos de alquimista, remontó las aguas de la imaginación para contarnos un relato: la fábula de Macondo, muñón de suelo americano donde ocurren fantasías estupendas.

Por eso *Cien años de soledad* se difracciona de sopetón con los aperos de los libros de Caballerías o de las Crónicas de los colonizadores. Y nos reímos con ese coronel Aureliano Buendía convertido en Quijote. Treinta y tres revoluciones fracasadas; treinta y tres salidas a campaña a resolver "entuerto". Y junto a él, Arcadios Buendías, crasos, zotes como Sanchito Panza.

El Medievo lóbrego y alquimista está encarnado en Melquíades, devoto de la quiromancia y brujería; cultor del animismo y lector obsejado de pergaminos. Sabía avizorar el futuro, pero lo expresaba en sánscrito y escondía luego los papiros. Melquíades es la resurrección del pasado mitológico americano. Una vuelta de los "piaches", un retorno a la entraña indígena, al seno materno, a la Madre América que diría Neruda, o a la América telúrica de Miguel Ángel Asturias.

Hubo también una época en que América quiso ser romántica, vestirse de muselinas y papelititos de colores, amar con requiebros alambicados y abrir los puños de las camisas con golas transparentes. Los hombres se aferraban a las rejas de las ventanas llorando sus amores y se cortaban las venas cuando eran rechazados. Márquez filmó estos años en los personajes de Pietro Crespi, Fernanda, Remedios la bella...

Y los "gringos" rubios y racistas, instalados siempre detrás de una alambrada, fuera del pueblo, para no contaminarse; mercaderes que vienen a chupar, nunca a darse. Y los gitanos andariegos que profetizan y divierten a los chiquillos. Libreros serios, con nariz de monje y ojos de oculista que dicen frases laconicas. Reinas de carnavales. Concursos de comida, en uno de los cuales alguien se traga seis terneras. Burdeles donde las prostitutas pagan a los clientes. Sacerdotes que hacen milagros para impresionar a sus feligreses. Cajas de oro desenterradas al primer golpe de suerte. Una lluvia ininterrumpida que dura diez años. Carismas del don de lenguas. Diluvio de flores y mariposas. Asunciones en cuerpo y alma a los cielos. Fusilamientos sin balas. Muerte que es vida; vida que es muerte. Tiempo que no vuelve. Dolor, esperanzas, absurdos. Avalanchas ilógicas que invaden las calles de Macondo... "Las Mil y Una Noches en versión americana" (Urbano Valladares).

Por todo esto, por este magma de lunas y fantasías, **Cien años de soledad** es una novela inclasificable. "Lo mismo podría encasillársela entre las novelas fantásticas que entre las realistas, entre las de magia y misterio que entre las psicológicas, entre las de costumbres que entre las de la selva, las de contenido social o telúrico" (Manuel Pedro González).

Fundir todas las épocas de la vida en torno a una familia y a una casa y hacer verosímil todos los excesos posibles es una creación que debemos a García Márquez. Un verdadero creador y artista.

En definitiva, **Cien años de soledad** es una fábula. Hasta con moraleja.

El problema de las palabras

Vale la pena, realmente, remar adentro en el estilo de García Márquez, porque **Cien años de soledad** es un atril abierto de buen narrar. Estilo sobrio; ausencia de barroquismo, rococós y orfebrerías. Su palabra no cansa. Precisión, tersura y expresividad. Frases que no se abrazan a la realidad tal como la vemos; prefieren embarrarse en la aventura del más allá de las cosas. Desentrañar el secreto de las palabras y su poder de evocación; destripar el sentido convencional para adoptar el significado primigenio, profundo y entrañable hasta palpar la desnudez de la simplicidad sin la escoria y aderezos que se adhieren con el tiempo y el uso.

La narración se limita a lo esencial: situar, evocar, desentrañar, sintetizar. Resalta así una obsesión de huida del tradicional relato lineal. Es la única posibilidad de toparnos de bruces con el corazón de

las cosas, y no lentamente, como el estilo enfermizo y moroso de Gabriel Miró. Electrificar las palabras e instalar la tensión de su misterio es un esfuerzo constante en la prosa de Márquez.

"El problema de la literatura es palabras"; es de él esta frase. Por eso afirma:

He tenido que someterme a una disciplina atroz para terminar media página en ocho horas de trabajo; peleo trompadas con cada palabra... pero soy tan testarudo que he logrado publicar cuatro libros en veinte años.

Esfuerzo fecundo. Por eso sus vocablos son como la levadura: agrandan la realidad. Es interesante trazar el diagrama ampliativo de los relieves, personas y objetos que salen de la pluma de García Márquez. Cada frase es una explosión de realidad, un escalofriante encuentro con los seres en lo que son, significan y se cretizan.

Más que unas citas aisladas para confirmar lo expuesto, prefiero transcribir un párrafo largo con reminiscencias de James Joyce. Es parte de un monólogo asombroso. Quizá lo mejor que han leído mis ojos en lengua hispana. A gusto lo copiaría íntegro (tres páginas).

Aureliano Segundo no tuvo conciencia de la cantaleta hasta el día siguiente, después del desayuno, cuando se sintió aturrido por un abejorreo que era entonces más fluido y alto que el rumor de la lluvia, y era Fernanda que se paseaba por toda la casa doliéndose de que la hubieran educado como una reina para terminar de sirvienta en una casa de locos, con un marido holgazán, idólatra, libertino, que se acostaba boca arriba a esperar que le llovieran panes del cielo, mientras ella se destroncaba los riñones tratando de mantener a flote un hogar emparapetado con alfileres, donde había tanto que hacer, tanto que soportar y corregir desde que amanecía Dios hasta la hora de acostarse, que llegaba a la cama con los ojos llenos de polvo de vidrio y, sin embargo, nadie la había dicho nunca buenos días, Fernanda, qué tal noche pasaste, Fernanda, ni le habían preguntado, aunque fuera por cortesía, por qué estaba tan pálida ni por qué despertaba con esas ojeras violetas, a pesar de que ella no esperaba, por supuesto, que aquello saliera del resto de una familia que al fin y al cabo la había tenido siempre como un estorbo, como el trapito de bajar la olla, como un monigote pintado en la pared, y que siempre andaban desbarrando contra ella por los rincones, llamándola santurrona, llamándola farisea, llamándola lagarta, y hasta Amaranta, que en paz descansase, había dicho de viva voz que ella era de las que confundían el recto con las témporas, bendito sea Dios, qué palabras, y ella había aguantado todo con resignación por las intenciones del Santo Padre, pero no había podido soportar... (pág. 273 y ss.).

¿Y la moraleja?

"Cien años de soledad —ha escrito Urbano Valladares— es como una Biblia, con su antiguo y su nuevo testamento, que relata la historia del pueblo escogido, Macondo, desde el Génesis hasta la Apocalipsis."

La historia de una familia ungida, carismática, transfigurada por enigmáticas profecías. Y la casa donde escribieron su Pentateuco y su Deuteronomio y demás libros litúrgicos de Macondo. Una familia, una casa, un pueblo. Todo desconcertante, simbólico y difícil de interpretar, como todos los libros religiosos que se sacralizan aún más en la siesta del tiempo.

Toda la historia y etnología colombiana se tuesta en la parrilla de Macondo. Mezclaje de razas a través de un éxodo cuatricentenario. Ursula y José Arcadio son mestizos. Rebeca, indígena de la Guajira. Fernanda del Carpio, astilla de sangre viñeal caída en la maleza de una aldea paría y sin alboroto. Pietro Crespi y Gastón, emigrantes europeos, remilgosos, cultos, eternos desadaptados. La mulata Petra Cotes, y los norteamericanos intocables, de la casta de los colonizadores modernos, descendientes de la cabeza y pecho de la fortuna. Y los catalanes, gitanos y tantarantines.

Esta sedimentación de estratos tan diversos ahogó los impulsos de Macondo. La aldea Buendía olió a orégano y fue jardín de pájaros cuando sus jóvenes habitantes vivieron en comunicación con la tierra, con la geografía tutelar, totémica. Los primeros años de comunidad patriarcal marcan la fase dorada macondiana. Pero luego arribaron novedosas ideologías políticas, los símbolos de la autoridad, los gendarmes del orden, las votaciones libres y universales. Vinieron también los comerciantes turcos, y el capitalismo yanqui, y las modas de París, y la cerámica italiana, y hasta las niñas querían ir a Bélgica para aprender la "cartilla".

Realidad colombiana, latinoamericana, con sus charcos de injusticias, tropelías y miserias. Generación de Buendías estéril, incapaz de llevar a cabo el destino revelado y conducir a su pueblo escogido a la tierra de promisión, al paraíso que buscaba José Arcadio y que nunca fue digno de franquearlo como otró Moisés. Nuestra salvación no vendrá de lo extranjero ni de los advenedizos.

García Márquez parece que firma la novela con el pesimismo de una destrucción. Pero es sólo aparente, porque Macondo tiene "alma", el espíritu del quiromántico Melquíades, que muere y siempre resucita de nuevo. "Las cosas tienen vida propia —decía—; todo es cuestión de despartarles el ánima."

Macondo fue condenada a "cien años de soledad", pero no a la muerte:

Era lo último que iba quedando de un pasado cuyo aniquilamiento no se consumaba, porque seguía aniquilándose indefinidamente, consumiéndose dentro de sí mismo, acabándose a cada minuto, pero sin acabar de acabarse jamás (págs. 339-340).

A tales extremos de inactividad y agoría había llegado el pueblo. Pero no había muerto.

Hoy nos queda un Macondo, una Latinoamérica que se debate terriblemente para subsistir, para no consumirse en esta carrera voraz hacia el progreso y la tecnificación. Hay que despertar el "ánima", su alma, y volver a refundarla sin el embobamiento de la pirotecnia extranjera, que no se adapta a nuestro esqueleto. Hemos vivido ya los cien años de soledad, de polvo, de desandar nuestra historia. La esterilidad fue una ausencia de comprensión y armonía; por eso Dios nos condenó y nos envió las plagas de las hormigas y alacranes, y por fin un diluvio ininterrumpido de desdichas. Son nuestros problemas del caudillismo, oligarquías, politiquería demagógica, las guerrillas, el analfabetismo y la desnutrición.

Pero entre los alaridos estridentes de las trompetas apocalípticas retumba una frase esperanzadora. Es un clamor frenético por la venida del redentor. "Las estirpes condenadas a cien años de soledad no tienen una segunda oportunidad sobre la tierra." Pero ¿por qué no se nos va a dar otra oportunidad a las nuevas estirpes de hoy?